

“...la esperanza de una pronta recuperación que le permita cumplir con su proyecto vital truncado. ...”

“...No solamente porque no han demostrado ninguna eficacia y seguridad en un ensayo clínico (no han demostrado que sirvan para tratar con éxito una determinada patología. ...”

Aula Internacional de
Biomedicina, Ética
y Derechos Humanos



“... Bunge señala que estos “profesionales” son los nuevos chamanes. Sobre ellos recae una responsabilidad ...”

Mario Bunge y la medicina no validada científicamente

JOSÉ MIGUEL HERNÁNDEZ MANSILLA
INSTITUTO DE ÉTICA CLÍNICA FRANCISCO VALLÉS, UEM

INSTITUTO DE ÉTICA CLÍNICA
FRANCISCO VALLÉS



Universidad
Europea Madrid

LAUREATE INTERNATIONAL UNIVERSITIES



Todos los días aparecen en los medios de comunicación de todo el mundo cientos de noticias de personas que han utilizado de manera complementaria o alternativa una terapia no validada científicamente. Se trata de historias narradas por sus protagonistas y, en la mayoría de las ocasiones, por familiares cercanos. Estas personas exponen las razones por las que ellos o sus familiares abrazaron alguna terapia no validada.

Todas las historias tienen cierto aire de familia y coinciden en una serie de tópicos. En todas se puede apreciar la vulnerabilidad a la que está sometido el paciente como causa de la enfermedad y la situación social que atraviesa. También la necesidad que siente el enfermo sobre el hecho de que no se añada ningún daño y/o sufrimiento a su grave estado de salud. Y, finalmente, la esperanza de una pronta recuperación que le permita cumplir con su proyecto vital truncado. La mayoría de estas historias, por no decir todas, terminan mal. Casi todas finalizan con la muerte prematura de sus protagonistas. Unas veces por haber utilizado una terapia que interactúa con el tratamiento oficial pautado por un médico, pero en otras ocasiones se trata de historias en las que el enfermo abandona el tratamiento estándar y termina por fallecer. Estas historias son especialmente dolorosas, porque la sensación final del enfermo y/o la familia es la del engaño y la culpa.

“...se trata de historias en las que el enfermo abandona el tratamiento estándar y termina por fallecer...”

Estas historias son importantes porque nos hacen ver que el uso acrítico de las medicinas no validadas científicamente pueden acarrear graves problemas. No solamente porque no han demostrado ninguna eficacia y seguridad en un ensayo clínico (no han demostrado que sirvan para tratar con éxito una determinada patología y tampoco han demostrado que no sean peligrosas para la salud), sino que contrariamente a lo que se piensa, no son inocuas e inocentes. En algunos casos los compuestos que se administran por vía oral pueden interactuar con las terapias estándar, como por ejemplo, en ciertos tipos de cáncer, actuando en algunos casos como inhibidores o por el contrario incrementando la toxicidad del tratamiento estándar. En otros casos el empleo de las medicinas no validadas puede incitar al paciente al abandono de las terapias convencionales por considerarlas demasiado agresivas para el cuerpo humano.

En 2007 una encuesta realizada en Estados Unidos mostró que el 38% de la población adulta decía utilizar en algún momento de su vida las medicinas alternativas y complementarias. El dato debe ser considerado como alarmante, pues desde el ámbito académico se viene

realizando un esfuerzo considerable para poner fin a las pseudociencias. Recordemos que fue en 1910 cuando Abraham Flexner comenzó a realizar en Estados Unidos los primeros esfuerzos para desterrarlas de la educación médica. Curiosamente todavía hoy pueden verse en el ámbito universitario, no solo norteamericano, sino europeo, cursos que capacitan para el ejercicio de alguna medicina no validada científicamente, como por ejemplo: la quiropráctica, la osteopatía, el reiki, etc. Bunge señala que estos “profesionales” son los nuevos chamanes. Sobre ellos recae una responsabilidad mayor cuando han recibido previamente una formación reglada desde el ámbito científico. A pesar de todos los esfuerzos la batalla parece perdida. Tal vez por este motivo se creó en Estados Unidos en 1991 el Centro Nacional de Salud Complementaria e Integral cuyo propósito era el de servir de guía para que los usuarios tomaran las mejores decisiones sobre las prácticas y productos complementarios. Este centro sigue existiendo en nuestros días.

“...por este motivo se creó en Estados Unidos en 1991 el Centro Nacional de Salud Complementaria e Integral...”

Mario Bunge (Florida Oeste, 1919) es uno de los filósofos de la ciencia que se ha mostrado en nuestros días más crítico con las terapias médicas no validadas. Profesor jubilado en la Universidad McGill, de Montreal, Canadá, ha dedicado diversos artículos al tema de las pseudociencias. En 2011 la Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico los compiló y tradujo al castellano bajo el título, *Las pseudociencias ¡Vaya timo!*, pero fue en su libro *Filosofía para médicos*, publicado en español un año después, donde es posible encontrar de manera sistematizada las razones por las que las medicinas no validadas tienen tanto éxito en un momento de la historia en el que se han logrado unos resultados tan positivos en el campo de la medicina oficial. Entre las razones que cita el filósofo se encuentra el proceso de aculturación que vive la sociedad actual. Aquí destacaría el completo desconocimiento de la sociedad sobre el método científico en general y el funcionamiento del ensayo clínico en particular. También apunta otros motivos, como la insatisfacción que sienten los pacientes con la medicina oficial cuando se da el caso de que no existe o

no funciona un remedio para una determinada afección. Este descontento empujaría a los pacientes a poner sus esperanzas de curación en individuos cuya formación en temas de salud es más que dudosa. Bunge también apela a otras explicaciones, como la desconfianza que genera entre la población la industria farmacéutica. Ciertamente la opinión pública nunca olvidará determinados episodios de la historia, como por ejemplo, el que Grünenthal protagonizó cuando provocó un efecto teratogénico con el empleo de la Talidomida en cientos de niños nacidos a finales de los años 50 y comienzos de los 60. El fármaco fue comercializado para controlar las náuseas de las embarazadas durante los primeros meses de gestación, pero provocó que cientos de niños nacieran afectados de focomelia en todo el mundo. Bunge también cita la influencia que ejercen las campañas publicitarias para vender ciertas ideas entre la población, como aquellas en las que se identifica lo beneficioso para el organismo con lo tradicional y natural. También subraya la lucha que el relativismo y la contracultura mantienen en el mundo posmoderno con la objetividad y la universalidad del conocimiento. Y, finalmente, para este filósofo, las políticas conservadoras que buscan realizar ciertos programas ideológicos son un mecanismo que ha favorecido el desarrollo de las medicinas no validadas en nuestro tiempo.

“...para vender ciertas ideas entre la población, como aquellas en las que se identifica lo beneficioso para el organismo con lo tradicional y natural...”

Las críticas de Bunge son más que acertadas, pero dejan de lado un problema capital que nace de la propia concepción científica de la medicina moderna. En nuestros días la medicina pone a disposición de los pacientes un conjunto de terapias que lograrán prolongar la supervivencia, pero lo harán a costa de aplicar un procedimiento técnico e impersonal que dejará fuera de la ecuación valores de los pacientes. Curiosamente estos valores constituyen la vida biográfica de los enfermos, así que no reconocerlos equivale a despreciar los elementos que dotan de sentido a la vida del paciente. La medicina actual debe

comprender que la enfermedad no es únicamente una alteración físico-química, sino que en el proceso de enfermar interviene un fenómeno que es el de los valores, que es necesario captar y manejar, con la misma pericia que los conocimientos científicotécnicos. Las medicinas no validadas han logrado estimar una parte de esos valores y, en la medida de sus posibilidades, han protegido y realizado alguno de ellos, a pesar de que el conocimiento que guardan es nulo. De ahí su éxito. En cambio, la medicina científica, por sí sola es incapaz de atrapar esos mismos valores, por muy eficaz y segura que sea.

“...Las medicinas no validadas han logrado estimar una parte de esos valores...”

Todo esto quiere decir que la supervivencia y hasta cierto punto el éxito de las medicinas no validadas debería hacernos reflexionar al menos sobre dos cuestiones: la primera sería la manera en la que debemos enseñar la medicina científica a nuestros estudiantes en las universidades. La segunda es la forma en la que se debería aplicar esta medicina a la altura del siglo XXI. Para responder a la primera cuestión parece necesario que los estudiantes fijen su atención en Anatomía, Fisiología y Bioquímica, pero también en Humanidades Médicas. Ésta materia les permitirá desarrollar la capacidad de estimar y comprender el complejo mundo del valor. Para responder a la segunda cuestión, y con esto terminamos, en el ejercicio de la medicina de estos futuros profesionales se deberá tener presente la protección y realización de los valores de los pacientes, en un marco de responsabilidad compartida con el propio profesional sanitario, la institución en la que se presta el servicio y la sociedad en su conjunto. Parafraseando a Bunge, si queremos que la medicina no validada desaparezca debemos ampliar en la medida de lo posible nuestros conocimientos científicotécnicos, pero sobre todo debemos adoptar un fuerte compromiso ético con los pacientes.

Artículo patrocinado por

**INSTITUTO DE ÉTICA CLÍNICA
FRANCISCO VALLÉS**



**Universidad
Europea Madrid**

LAUREATE INTERNATIONAL UNIVERSITIES